CHARLES DARWIN Y LA EVOLUCIÓN

IAN GRAHAM
ANNALIESE STONEY

¡EUREKA!
BIOGRAFÍAS DE CIENCIA

algar

INTRODUCCIÓN

28 DE MAYO DE 1876

—Mi pie se hundió en la arena negra como si hubiera pisado la tierra de otro planeta. El calor era insoportable, como si el fuego del infierno quemara bajo mis botas. Tierra adentro, las rocas eran duras como el hierro y negras como la arena. Unos lagartos enormes, los más feos que he visto en mi vida, se apartaban al pasar yo. Aquella noche, cené carne de tortuga

asada en una hoguera, a la luz de las estrellas. Imagínalo. La tortuga era tan grande que hubiera podido cargar a un hombre sobre su caparazón. Y los pájaros. Al principio, apenas me llamaron la atención aquellos pajaritos pequeños y de color pardo que volaban en bandadas. Yo aún no lo sabía, pero aquellos pajaritos iban a cambiar mi vida y a generar una revolución en el campo de la biología. Estuve a punto de no descubrirlo. No comprendí lo importantes que eran hasta que no abandoné aquel lugar desconocido y extraño. Solo cuando los recordé, más tarde, empecé a ver que tenían alguna característica extraña. Y aquel pensamiento lo cambió todo.

Charles Darwin calló un instante, inmerso en sus pensamientos. Su hijo Francis estaba sentado a su lado.

–¿Toda la playa estaba formada por aquella arena negra y caliente? –le preguntó.

–Sí –dijo Charles–. Como las demás islas, ya lo sabes. Son de lava, de rocas volcánicas negras.

Están en el ecuador, por eso el sol cae sin piedad sobre las rocas desnudas. Es un milagro que pueda haber vida.

–Sí que es verdad...

–Pero la hay –continuó Darwin–. Y el viaje hasta llegar a aquellas islas remotas también fue casi un milagro. Vi ballenas grandes como un vagón de tren que saltaban en el mar y me estremecí hasta la médula por un terremoto que arrasó una ciudad. Exploré lugares de nuestro mundo que muy poca gente ha visto o verá. Y para hacer todo eso y algo más, navegué alrededor del mundo, algo que solo unos pocos ingleses han hecho.

Se perdió un instante entre los recuerdos de su memoria y luego dijo:

–Cuando yo era joven, mi vida futura parecía muy clara. Me enviaron a la universidad para que me convirtiera en médico, como lo era mi padre, pero a mí me interesaba más el estudio del mundo natural. Nadie hubiera podido imaginar cómo iba a cambiar mi destino...

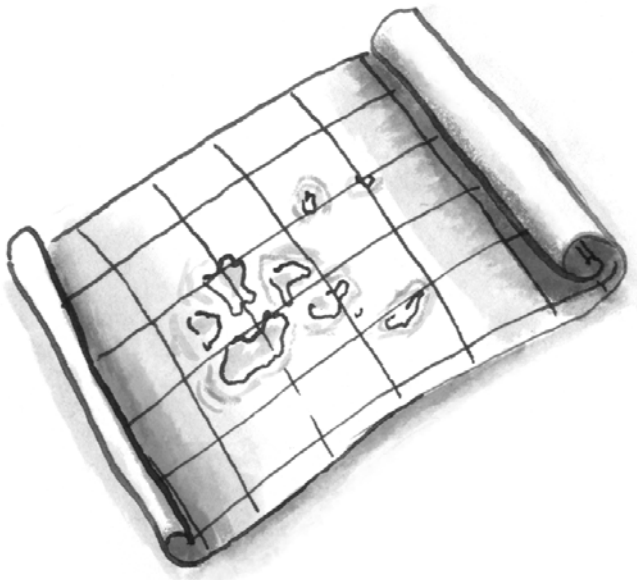
–Gracias a Dios –dijo su hijo–, no te convertiste en médico. Nunca hubieras podido explicarnos el misterio de la evolución.

–Ahora es difícil de creer –dijo Charles–, pero mi trabajo causó tanta rabia y tanto odio que, a veces, me daba miedo que mis amigos y mis colegas científicos me condenaran al aislamiento y no volvieran a hablar jamás conmigo.

–Es una aventura maravillosa –afirmó Francis–. La gente debería conocerla.

Charles dudó un instante y luego dijo:

–Me hubiera gustado mucho poder leer algo escrito por mi abuelo sobre sus ideas y sus hechos, y sobre su forma de trabajar... De manera que creo que tienes razón, Francis. Ha llegado el momento de escribir mi historia.



CAPÍTULO 1

1817

Toda mi vida he sido un gran coleccionista. Incluso cuando era un niño de ocho o nueve años, en la escuela de Shrewsbury, coleccionaba cualquier cosa: huevos, piedras, monedas... Sentía una gran pasión por el coleccionismo, que ninguno de mis hermanos o hermanas compartía.

En la escuela no iba bien. Me consideraban un mal alumno y por eso mi padre estaba siempre disgustado. Recuerdo que un día me dijo:

–Solo te interesa disparar, los perros y cazar ratas, y esto solamente te reportará desgracias, a ti mismo y a toda la familia.

Fueron unas palabras muy duras para un hombre que, normalmente, era el padre más amable y comprensivo que pudiera desear un hijo. Probablemente, solo intentaba impresionarme para ver si conseguía hacerme cambiar de actitud y mejorar.

LA FAMILIA DE DARWIN

Charles Darwin y su esposa Emma tuvieron diez hijos: seis chicos y cuatro chicas. Dos de sus hijos (Mary Eleanor y Charles Waring) murieron cuando eran bebés, y una tercera hija (Anne Elizabeth) murió a los diez años. La cantidad de hijos muertos, de diez que tuvieron, era normal en aquella época. Tres de los hijos de los Darwin (George, Francis y Horace) fueron importantes científicos e ingenieros.

Recuerdo que leí un libro titulado *Maravillas del mundo*. Aquella lectura me hacía pensar en viajes por países lejanos que me permitieran ver con mis propios ojos aquellas maravillas naturales.

Cuando tenía 16 años, iba tan mal en el colegio que mi padre se desesperó. Me obligó a abandonar la escuela y me dijo:

–Hijo mío, para salvarte de ti mismo, he decidido que vayas a la Universidad de Edimburgo para estudiar Medicina, como hice yo. Seguirás mi ejemplo y vendrás conmigo para aprender a ser un buen médico. Estoy seguro de que eso será bueno para ti.

El verano anterior a mi marcha a Edimburgo, visité a las familias más pobres y necesitadas de Shrewsbury y escribí informes de las enfermedades que las afectaban, para mi padre. El interés que puse en aquella misión le hizo creer que sería un buen médico.

Por desgracia, pronto quedó claro que no me interesaba más la medicina que mis estudios anteriores. La mayor parte del tiempo encontraba los estudios de medicina aburridos. Y cuando no eran

aburridos, eran repugnantes. En lugar de estudiar, pasaba el tiempo con personas que entendían muchísimo de geología, zoología, botánica y algunas otras ciencias naturales. Estudiaba los animalillos que vivían en los agujeros de las rocas, a la orilla del mar, y también capturaba peces cuando salía a la mar en las barcas de los pescadores.

SHERLOCK HOLMES

Darwin estudió Medicina en la Facultad de Medicina de la Universidad de Edimburgo, aunque no terminó sus estudios. Uno de los profesores de la facultad, Joseph Bell, era famoso por su habilidad para descubrir síntomas de sus pacientes que pasaban por alto los otros médicos. Aquellas observaciones le permitían saber qué oficio ejercían los enfermos o dónde habían viajado hacía poco tiempo. Uno

de los alumnos del profesor Bell se dedicó a escribir narraciones protagonizadas por un detective de ficción con las mismas habilidades. El estudiante era Arthur Conan Doyle y el nombre del detective era Sherlock Holmes.

De alguna manera, mi padre, el pobre de mi padre, oyó hablar de mi escaso interés por la medicina, de manera que decidió salvarme de la mala vida por segunda vez.

–Me parece –me dijo, muy disgustado– que no serás médico después de todo. Si no es así, tendrás que ser religioso. Estás destinado a la Iglesia, hijo mío.

Para convertirme en un párroco rural necesitaba estudiar un grado en alguna universidad inglesa. De manera que, después de haber pasado dos años en Edimburgo, empecé un nuevo curso en la Universidad de Cambridge.

HOY NO HAY ESCARABAJOS INTERESANTES.
POR FIN, BICHITOS QUE ME PUEDO LLEVAR.
DOS PRECIOSIDADES MÁS PARA MI COLECCIÓN.
QUIERO QUE VENGÁIS CONMIGO, PERO ¿CÓMO?

SIEMPRE HAY UNA SOLUCIÓN.
¡YA LOS TENGO TODOS!
¡AY! ¡CRIATURA INFERNAL! ¡ME ARDE LA GARGANTA!

No soy, ni lo he sido nunca, un hombre religioso. El motivo es que perdí el tiempo en Cambridge del mismo modo que lo había perdido en Edimburgo. Como siempre, me interesaba más la naturaleza. Estudiaba botánica y paseaba por los campos para observar rocas de muchas clases, plantas y animales. Fue en Cambridge donde empecé a capturar escarabajos.

En Cambridge, conocí también al hombre que tenía que cambiar el rumbo de mi vida de la forma más sorprendente. Era el profesor John Stevens Henslow, un hombre con profundos conocimientos de todas las ramas de la ciencia. Nos hicimos muy amigos y di largos paseos con él. Me conocían con el sobrenombre de «el hombre que pasea con Henslow». Creo que me vio muy bien predispuesto a aprender. Por fin encontré una persona que no me consideraba simplemente un vago.

En agosto de 1831, después de un viaje por el norte de Gales, volví a casa, donde me esperaba una carta de Henslow. Le habían propuesto que se uniera a un viaje por mar, en calidad de

naturalista. Pero aquella expedición le pareció demasiado larga a su esposa, que lo convenció para que renunciara a ocupar la plaza que le habían propuesto. Él consideraba que hubiera sido horrible perder aquella oportunidad única; por eso aseguraba que era muy importante que otro naturalista ocupara aquella plaza en la expedición. El barco, el HMS Beagle, tenía que zarpar al cabo de un mes, de manera que disponía de poco tiempo. Para mi satisfacción, Henslow me sugirió que yo podría ocupar aquella plaza en el viaje. Había naturalistas más preparados, pero él argumentaba que mi experiencia en la recolección de especímenes en plena naturaleza me convertía en el candidato perfecto.

Pocos días después, escribí mi respuesta a Henslow, pero no era la que él esperaba. Cuando se lo comenté a mi padre, se mostró muy contrariado.

–Es un viaje inútil que te hará perder dos años más –me dijo–. Y, peor aún, sería la tercera vez que pretendes cambiar de profesión, porque ya

has abandonado los estudios para ser médico y para ser religioso.

También consideraba que tendría que hacer el viaje en un camarote pequeño e incómodo de aquel barco y que si otros hombres ya habían renunciado a la plaza sería porque aquella expedición tenía algunos aspectos desagradables o peligrosos que yo desconocía. Estaba tan convencido de que tenía razón que me dijo:

–Si encuentras un hombre con sentido común que te diga que te conviene hacer este viaje, te lo permitiré.

De manera que escribí a Henslow para decirle que no podía ir.

Al día siguiente fui a visitar a mi tío Josiah Wedgwood, a su casa de Staffordshire. Cuando le conté lo que había pasado, me acompañó a casa y le dijo a mi padre que él consideraba que sí tenía que aceptar aquella plaza en la expedición. Creía que era una gran oportunidad para un hombre joven. Mi padre siempre había creído que el tío Josiah era un hombre muy

sensato y con muy buen criterio, de manera que cambió de opinión y me concedió su permiso.

–Te prometo que te ayudaré tanto como sea posible –me dijo.

Aquellas palabras me sonaron a música celestial, porque mi plaza en el barco no era remunerada y, por lo tanto, mi padre tenía que pagar todos los gastos del viaje. Él estuvo de acuerdo, de manera que, enseguida, fui a Londres a ponerme en contacto con Robert FitzRoy, el capitán del Beagle.

- Charles Darwin es un mal estudiante en el colegio y no termina sus estudios universitarios, ni para ser médico ni para ser religioso.
- Mientras vive en la universidad, descubre su pasión por la naturaleza.
- Conoce al profesor John Stevens Henslow, que le propone ocupar su plaza como naturalista en una expedición científica a bordo del HMS Beagle. A Darwin le encanta la propuesta.